

# LIBRO SÉPTIMO.

---

## CARTA PRIMERA.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Te escribí por médio de Saufeyo y te escribí á tí sólo, porque no tenía tiempo para más, pero no podía dejar partir sin carta á un amigo tuyo tan íntimo. Por otra parte, los filósofos caminan despacio (1), y seguro estoy de que recibirás ésta antes que la que él lleva. Si has recibido la otra, ya sabes que llegué á Atenas la víspera de los idus de octubre; que en el momento de desembarcar, me entregó Acasto tu carta; que me alarmó al principio esa fiebre que tenías al llegar á Roma, y que después me tranquilicé por las seguridades de Acasto diciéndome que te encontrabas restablecido. Añadía que tus noticias acerca de las legiones de César me habían hecho temblar, y te rogaba además que vigilaras para que el hombre de quien te había hablado ya, y cuyo nombre significa *avidéz*, no perjudicase á mis intereses. En fin, rectificaba un hecho del que ya te había hablado, y que Turannio ha desnaturalizado completamente en Brindis, como ví por la carta que el excelente Xenón me trajo de tu parte; y te decía que no había dejado á mi

---

(1) Alusión á Saufeyo, filósofo epicúreo.

hermano al frente de la provincia, explicándote brevemente las razones que tuve para ello.

Ahora continúo: por los Dioses te ruego que dediques toda la amistad que me profesas y toda la prudencia que frecuentemente te ha inspirado tan bien para mí, á un solo objeto, y reflexiones detenidamente acerca de mi situación. Veo caer sobre nosotros la guerra civil, pero una guerra como no se vió jamás. A menos que el Dios que tan inesperados socorros nos prestó contra los Parthos, no dirija otra vez sobre la República una mirada de compasión. Me dirás que este mal nos es común á todos. Por esta razón no te consulte acerca de él. He aquí el problema particular que tenemos que resolver. ¿No ves que he dividido mis afectos y que tú lo quisiste así? ¡Ojalá hubiese escuchado desde el principio tu voz amiga que me decía

«Que nada debe amarse tanto como la patria.»

En fin, tú me demostraste que era necesario adherirse al uno por gratitud y al otro por política. He hecho cuanto has querido, y tan perfectamente, que uno y otro me consideran como su mejor amigo.

Decíame yo, en efecto, que estando unido á Pompeyo nunca podía hacer nada perjudicial para la República; y con César, no podía encontrarme jamás en oposición con Pompeyo: ¡tan íntima era su unión! Helos aquí ahora, tú lo dices y yo lo veo claramente, dispuestos á lanzarse el uno contra el otro. Los dos cuentan conmigo, aunque tal vez es verdad que el uno menos de lo que quiere dar á entender. Pompeyo no duda, y con razón, que no aprobaba yo todos sus propósitos acerca de la República. Con tu carta he recibido una de cada uno de ellos, asegurándome ocupó el primer lugar en su estimación.

¿Qué hacer? No te pido consejo para el caso extremo, porque si llegan á las manos, prefiero caer con el uno á triunfar con el otro. Pero sí te lo pido en cuanto á la cuestión que va á plantearse á mi llegada, á saber: ¿le excluirán

como ausente, ó le obligarán á dejar el ejército? (1) Y cuando oiga decir: «Habla M. Tulio,» ¿qué diré? ¿que espero á Atico?... No habrá medio de tergiversar. ¿Me pronunciaré contra César? Pero ¿qué viene á ser entonces la amistad, cuando ese mismo privilegio que reclama, á ruegos suyos en Rávena lo solicité yo para Celio (2), tribuno del pueblo? ¿Y qué digo á ruegos suyos? á los del mismo Pompeyo, investido entonces con su tercer consulado de gloriosa memoria. Si me declaro por César, ¿qué dirá Pompeyo, y con Pompeyo todos los Troyanos y Troyanas?

«Polidamo será el primero que caerá sobre mí.»

¿Quién? Tú mismo; tú que tanto alabas mis acciones y mis escritos.

El año pasado y el anterior, bajo el consulado de Marcelo, cuando se trataba de la provincia de César, supe por dos veces evitar el escollo, y ahora caigo de lleno en él. Así, pues, dejando á los locos la iniciativa de las palabras, creo que haré bien en trabajar para obtener ese triunfo, aunque no sea mas que para tener una razón de alejamiento de Roma (3); pero ya sabrán encontrar medio para venir á arrancarme mi opinión (4). Vas á burlarte de mí. ¡Ojalá hubiese permanecido en mi provincia! Esto era lo mejor, atendiendo á lo que nos espera. Sin embargo ¿qué triste conveniencia! Te diré, ὄδοῦ πάρεργον, que aquello que tante celebrabas en tus cartas se ha desvanecido como el humo. ¡Cuán difícil es la virtud, y qué poco fácil es también con-

(1) Esto es, si debe permitirse á César que pida el consulado estando ausente.

(2) Cicerón había solicitado de César, que se encontraba entonces en Rávena, este permiso para Celio.

(3) Porque pidiendo el triunfo, no podía ni debía entrar en Roma.

(4) Convocando el Senado fuera del recinto de Roma para que Cicerón pudiese asistir. Ya lo habían hecho así para Pompeyo, que no podía entrar en la ciudad, siendo gobernador de España, *cum imperio*.

servar por mucho tiempo su apariencia! Había entregado á Celio (1) para su anualidad parte de las economías que había hecho yo sobre las asignaciones de la mía, reservando el resto, que es cerca de un millón de sextercios, para el tesoro público. Creía que esta manera de obrar era delicada y generosa. Todos los míos la calificaron de injusta, porque en su opinión les pertenecía de derecho ese dinero, como si yo debiese atender menos al interés de la República que al de los habitantes de la Frigia y la Cilicia. Los he dejado hablar porque aprecio en más mi fama. Pero busco la mejor manera de indemnizarles en prueba de aprecio y consideración. Esta ἐκβολή λόγου, como dice Tucídides, no es inútil.

Volviendo á mi posición, te ruego que ante todo busques un medio para conservarme la amistad de César. Después piensa en ese triunfo que, de no impedirlo circunstancias políticas, me parece cosa asequible. Juzgo por lo que me escriben mis amigos y por lo sucedido con las súplicas, en las que el voto que me fué contrario es más glorioso para mí que todos los triunfos. No hablo de los dos votos que apoyaron al primero, Favonio, que es amigo mio, é Hirro, que me detesta. Catón, por otra parte, intervino en la redacción; además me ha explicado las razones de su voto en carta muy amable. Al cumplimentarme César, no deja de aprovechar la negativa de Catón; y sin descender á detalles, me dice con acento de triunfo que Catón votó contra mí.

Vuelvo á ocuparme de Hirro. Habías comenzado á reconciliarle conmigo; continúa: tienes á Scrofa y á Silio. A los dos he escrito anticipadamente, y también á Hirro: porque les había dicho con mucha cortesía que no tenía empeño en impedir el decreto, sino que se había limitado á votar como Catón, uno de mis mejores amigos y que en

---

(1). Celio Caldo, su cuestor.

términos tan honrosos había hablado de mí: que en último caso, á todos había escrito yo menos á él. En efecto, solamente á él y á Crassipedes (1) dejé de escribir.

Esto en cuanto á los asuntos públicos. Pasemos á los privados. Quiero romper con el hombre que sabes (2). Es un malvado, otro Lartidio:

«El pasado no tiene enmienda. Necesario es tomar una resolución »

Procuremos ver claro en lo que queda; y, en primer lugar, hablando de un asunto que me aflige, por módica que sea la herencia de Precio, no quiero que la mezcle á su manera con los otros asuntos míos que tiene aún á su cargo. He escrito á Terencia, le he escrito también á él y todo lo que podía realizar hasta este momento se te debía entregar para los gastos del triunfo que me hacen esperar. En último caso, que lo tome como quiera. Ocupate también de esto, aunque es enojoso. En una carta de Epiro ó de Atenas, me pareciste dispuesto á ello, y por mi parte te ayudaré cuanto pueda.

## CARTA II.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

El vii de las kalendas de diciembre (3) llegué á Brindis, habiendo sido en esta ocasión tan afortunado como tú en mi travesía, «soplando para nosotros dulcemente el viento del Epiro.» Este verso puedes citarlo como tuyo á cualquiera de nuestros jóvenes.

(1) Segundo esposo de Tulia.

(2) Habla de Filótimo, el liberto de su esposa.

(3) 25 de noviembre.

Mucho me inquieta tu salud; porque veo por tus cartas que no te encuentras bien: y como conozco tu valor, creo que tu mal no carece de gravedad, puesto que te obliga á ceder, y pareces casi abatido. Sin embargo, Pánfilo (1) me dice que tu fiebre cuartana había pasado á otra de carácter más benigno: y Terencia, que llegó á la puerta de Bonidis cuando entraba yo en el puerto, y que me encontró en el acto, me ha dicho que había sabido en Trebulo, por L. Poncio, que ya no tenías fiebre. Siendo así, esto es lo que más te deseo; y no esperaba menos de tu prudencia y temperancia.

Paso á contestar á tus cartas, aunque son muchas: todas las recibí á la vez, siéndome á cual más agradable, sobre todo las que estaban escritas de tu mano. Siempre me ha gustado la letra de Alexis, porque se parece mucho á la tuya: ahora no me agradó tanto, porque significaba que no te encontrabas bien. A propósito de Alexis: he dejado á Tirón enfermo en Patras. Este joven, como sabes, es excelente y honesto: no conozco á ninguno mejor que él. Por esta razón siento mucho no tenerle conmigo, y aunque no me pareció estar enfermo de gravedad, con todo, no dejo de estar inquieto. Mucho espero de los cuidados de Curio, de los que me informan Tirón y otros: por mi parte, he hecho comprender á Curio cuánto deseabas tú que fuese amigo mío; y, en efecto, estoy muy contento de él. Y á fe mía, es hombre á quien fácilmente se quiere, encontrándole yo mucho atractivo natural. Te llevo su testamento cerrado con el sello de mi hermano, el de nuestro sobrino, el de mi hijo y los de cuantos me acompañaban: (2) en presencia de todos te ha instituído su heredero

---

(1) Esclavo de Atico.

(2) Habitualmente se presentaban los testamentos á algunos amigos, para que los certificasen y pusiesen sus sellos; el de Curio llevaba los de todos los soldados de la cohorte del pretor.

principal, y á mí por la cuarta parte de sus bienes. Alexión me ha tratado con esplendidez en Accio de Corciro (1). No ha sido posible impedir á Quinto que fuese á ver el Thiamis (2).

Me encanta que ames tanto á tu hija y que reconozcas por tí que la naturaleza misma nos hace amar á los hijos. Y á la verdad, si no lo hiciese así, no habría lazo que uniese al hombre con el hombre, y suprimido este lazo desaparece la sociedad. La repugnante frase de «pequeña felicidad» que dice acerca de esto Carneades, me parece más razonable que lo que dijeron nuestros Lucio y Patrón. Estos, refiriéndolo todo á sí mismos, y creyendo, por consiguiente, que nada puede hacerse para los demás, llegan á decir que debe obrarse el bien, no porque es bien, sino porque es una manera de evitar el mal: así es que no veo que su sabio no pasará de ser un hombre hábil y no un hombre honrado. Pero todo esto se encuentra en esos libros para los que tanto me has alentado, alabándolos con profunda sinceridad. Volvamos á tus cartas.

Esperaba con impaciencia la que diste á Filoxeno, porque sabía por otra que me hablabas en esa de la conversación que tuviste en Nápoles con Pompeyo. Patrón me la entregó al fin en Brindis, y creo que la traía de Corciro. Nada podía agradarme tanto, porque me hablabas en ella de asuntos públicos, de la excelente opinión que tiene Pompeyo de mi integridad y de la buena voluntad que ha mostrado para mí en la conversación que tuviste con él relativamente á mi triunfo. Pero lo que me agradó sobremanera es que he comprendido le visitaste con objeto de sondear sus intenciones para conmigo: nada, te lo repito, podía serme más grato.

---

(1) Llamada así para distinguirla de la ciudad y promontorio de Arcaña, célebres por la derrota de Antonio.

(2) Río de la Thesprocia, cerca del cual estaban las tierras de Ático.

En cuanto al triunfo, nunca se me ocurrió desearlo hasta después de las impudentísimas cartas de Bíbulo que le han hecho conceder amplísima suplicación. Si todo lo que se atribuye fuese verdaderamente suyo, me regocijaría y sería el primero en aplaudir sus pretensiones; pero que él, que no ha puesto los pies fuera de su campamento mientras permaneció el enemigo al lado de acá del Eúfrates, obtenga un honor al que yo no podría aspirar, cuando, en un momento, mi ejército fué la única esperanza del suyo, sería una vergüenza para nosotros, para tí tanto como para mí. Estoy decidido á emplear todos los medios posibles, y espero conseguirlo. Si te encontraras restablecido, no necesitaría buscar medios; mas espero que te restablecerás.

Mucho te agradezco lo relativo á esa deudilla de Nume-rio. Díme qué ha hecho Hortensio (1) y dáme noticias de Catón, que me ha perjudicado de un modo indigno. Ha dado testimonio, que yo no le pedía, de mi integridad, de mi justicia, de mi clemencia, y me ha negado lo que esperaba de él. Así es que César, en la carta en que me felicita y me lo ofrece todo, sabe aprovecharse de esta abominable ingratitude de Catón. Pero ese mismo Catón ha hecho conceder veinte días á Bíbulo (2): perdóname si soy rencoroso; pero es cosa que no puedo soportar y que no le perdonaré jamás.

Quisiera contestar á todas tus cartas; mas ¿para qué, si voy á verte? Una palabra, sin embargo, acerca de Crisippo: por lo que se refiere á ese otro liberto, me he asombrado mucho menos: nada bueno esperaba de ese vil obrero, porque ya le conocía como malvado. ¡Pero que Crisippo haya abandonado á mi hijo sin prevenirme, cuando tanto le apreciaba, que hasta le había honrado á causa de cierta li-

---

(1) Hortensio el hijo. Hacía poco que había muerto el padre.

(2) Catón era suegro de Bíbulo, y esta era la razón de su condescendencia.

teraturilla que me agradaba en él! No te hablo de otras muchas cosas que me dicen de él, como sus rapiñas; su fuga es lo que no le perdono y me parece verdadera maldad. Estoy decidido á emplear el antiguo procedimiento que se atribuye al pretor Druso (1), con relación á los libertos en aquello que no juraban ser siempre fieles á sus amos: declararé que no les he otorgado la libertad, tanto más fácilmente, cuanto que nadie estaba allí que pudiese manumitirles. Sin embargo, se hará lo que tú quieras, y de antemano te doy mi consentimiento. No contesto á tu carta tan sabia y tan elocuente acerca de los peligros de la República. ¿Qué te diría? Todo se confunde en este asunto. Sin embargo, puedo tranquilizarme al pensar en los Parthos, que dejaron de repente á Bibulo cuando estaba medio muerto de miedo.

## CARTA III.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

El VIII de los idus de diciembre (2) llegué á Herculano, donde leí tu carta, que me entregó Filótimo. A primera vista me deleitó porque estaba escrita de tu puño, y después quedé muy contento de la exacta relación que me haces de todo. En contestación te diré desde luego que según tus principios, que no son por cierto los de Dicear-

---

(1) Por haber violado algún juramento que el liberto debía haber hecho á Cicerón, y en virtud del cual se obligaba á prestarle algunos servicios que no le prestó, perdió Crisippo el derecho de creerse libre; y esta razón, que el pretor Druso declaró válida para anular la manumisión, la aducía Cicerón para apoderarse de su antiguo esclavo.

(2) 6 de diciembre.

co (1), he deseado vivamente no estar mas que un año fuera de Roma: esto te agradaba, y así se realizó sin intervención mía. Porque debes saber que ni una sola vez se ha hablado en el Senado de mantener á ningún gobernador más allá del tiempo que marca el *senatusconsulto*; así es que no tengo que censurarme, ni como falta leve, no haber permanecido en mi provincia un poco más de lo que tal vez era necesario.

Mas, como frecuentemente se dice, ¿quién sabe si será mejor así? Tomando aquí los asuntos aspecto de concordia ó bien de triunfo para los hombres honrados, me agradaría mucho ayudar por mi parte á las dos cosas, ó al menos no perder: si los hombres honrados resultan vencidos, en cualquier parte en que me encuentre, yo también lo seré con ellos. Así, pues, si de tal manera acelero mi regreso, no debo arrepentirme de ello. Sin este deseo de triunfo que me han inspirado, y que tú mismo apruebas, tendrías aproximadamente el buen ciudadano que describo en mi libro sexto. Mas ¿á qué ocuparme de ellos cuando antes los has devorado que leído? Pero en caso necesario, fácilmente prescindiré de ese honor por grande que sea. Porque no es posible al mismo tiempo agitarse por un triunfo y hablar libremente de los asuntos públicos; pero no dudes que me será más grato aquello que sea más honesto.

En cuanto á tu idea de que será más útil y seguro para mí, á la vez que más ventajoso para la República, que continúe siendo *imperator*, la discutiremos verbalmente, porque el asunto merece deliberación, aunque participo mucho de tu convencimiento. Haces bien en no dudar que pertenezco de todo corazón á la República; y justamente

---

(1) Dicearco recomendaba al ciudadano la práctica constante de los asuntos públicos. Al instar á Cicerón á no conservar la administración de su provincia ni un día más del tiempo que señalaba el *senatusconsulto*, le daba Atico un consejo muy opuesto al de Dicearco

observas que César no ha sido generoso conmigo, después de lo que yo he hecho por él, y cuando se ve lo que hace por los demás. Has comprendido las verdaderas razones, con las que concuerda lo que me dices de Fabio y de Canino (1). Pero aunque César me colmase de generosidades, esa Minerva de que me hablas y que dejé guardiana de Roma (2), me recordaría siempre la inscripción en que con tanta claridad se consigna mi deber, y no me permitiría conservar la línea media, como han hecho Volcacio y Servio, de quienes pareces satisfecho, sino que por el contrario, me exigiría convencimientos y energía más dignos de mí. No vacilaría en declararme, si no se tratase de cosa que vale tanto como el Estado: pero hoy contiende la ambición de dos hombres poniéndolo todo en peligro (3). Porque si es la República lo que se trata de defender, ¿por qué no la defendieron cuando el mismo César era cónsul? ¿Por qué no me defendieron al año siguiente cuando mi causa era la de Roma? ¿Por qué han prorrogado el mando de César y por tales medios? ¿Por qué se han agitado tanto para conseguir que diez tribunos propongan el decreto que le dispensaría de venir á Roma á pedir el consulado? Tan poderoso ha venido á ser por estos medios, que toda nuestra esperanza de resistencia descansa en un solo ciudadano (4); y este mismo habría hecho mucho mejor en no dar tanta fuerza á César, que en tratar de resistirle después de hacerle tan poderoso. Sin embargo, puesto que así nos encontramos, no preguntaré, imitando tu lenguaje, dónde está la nave de Atrides;

---

(1) Fabio Galo y C. Caninio Rebillo, tenientes de César en las Galias.

(2) La estatua de Minerva con la inscripción *CUSTOS URBS*, que Cicerón hizo colocar en el Capitolio al partir para el destierro.

(3) César y Pompeyo. La República no fué defendida contra las violencias con que señaló César su consulado, ni tampoco lo estaba contra las que empleaban para que continuase en su mando.

(4) Pompeyo.

no tendré otra que aquella cuyo timón empuñó Pompeyo. Pero ¿qué contestarás en el Senado cuando te digan: «habla, M. Tulio?» He lo aquí: «Opino como Pompeyo.» En particular, no cesaré de exhortarle á la concordia; esto me propongo, porque de otra manera, el peligro será muy grande. Vosotros los que os encontráis en Roma, lo veis mejor que yo; pero es cosa clara que nos las habemos con el hombre más audaz y emprendedor (1); es cosa clara que tendrá en favor suyo á todos los condenados y tachados de infamia, á todos los que merezcan serlo, á casi toda nuestra juventud, toda la hez de la población, tribunos que serán muy fuertes, sobre todo si Cassio se encuentra entre ellos; en fin, todos los acribillados de deudas, que son mucho más numerosos de lo que yo creía. A ese partido solamente falta buena causa; todo lo demás abunda en él. Así, pues, nada hay que no deba intentarse antes que llegar á la guerra, cuyo desenlace siempre es incierto y muy temible para nosotros. Bibulo regresa de su gobierno, habiendo dejado el mando á Veieton (2): dícese que permanecerá mucho tiempo en camino. Al favorecerle Catón, ha demostrado que solamente deja de envidiar á aquellos á quienes no pueden elevar más alto de lo que están los nuevos honores que se les concedan (3).

Paso ahora á mis asuntos particulares, porque creo haber contestado á todos los que mencionas de la República,

---

(1) César. Cierlo es que no le faltó ninguno de los viles instrumentos que empleó para establecer su poder y que enumera Cicerón.

(2) No como cuestor, que lo era Caninio Salustio, sino como legado.

(3) Esta observación es poco lisonjera para Catón. Quiere decir que favorecía á Bibulo porque éste era noble, y habiendo sido cónsul y censor, un honor más nada añadía á su importancia ni excitaria envidias; que no sucedería lo mismo con un hombre nuevo como Cicerón, al que podía temerse elevar demasiado. Quizá no obedeció Catón á ninguno de estos motivos al favorecer á Bibulo, limitándose á proteger á su yerno.

en tus dos cartas, escritas, la una en tu barrio de Roma, y la otra pocos días después: pasemos, pues, á mis negocios de familia. Una palabra solamente acerca de Celio (1). Lejos de hacerme cambiar de convencimiento, por el contrario, estoy persuadido de que se arrepentirá de su ligereza. Y á propósito: ¿qué es lo que he oído de que le han adjudicado las casas de Luceyo? Me extraña que nada me hayas dicho.

En cuanto á Filótimo, seguiré tu consejo. No esperaba obtener tan pronto las cuentas que te ha rendido, pero falta una partida que él mismo me hizo sentar en mi libro de Túsculo y de la que me dió relación escrita de su puño cuando me encontraba en Asia. Sería bastanté, y hasta excedería esa partida para desquitarme de lo que pretende que le debo. En lo sucesivo no me dejaré sorprender en mis negocios, con tal que los de la República me lo permitan. Y no es porque haya descuidado nunca los míos; pero me ha distraído la multitud de amigos. Aprovecharé, pues, para ponerlo todo en claro, tus consejos y el auxilio que me ofreces, y espero no molestarte mucho.

No te cuides de los oficiales instructores de mi comitiva. Ellos mismos se reunieron por admiración á mi desinterés. El que más me llamó la atención fué el mismo en quien tú piensas menos. Al principio estuve muy satisfecho de él y continúa siendo lo mismo para mí; pero en cuanto marché, manifestó que esperaba algo. Mas no persistió en lo que se le había puesto en la cabeza; volvió muy pronto á sus primeros sentimientos, y las muestras de distinción que recibió de mí le impresionaron bastante para preferirlas á todo el dinero del mundo.

---

(1) Arrastrado primeramente por Curion al partido de Cesar, no tardó Celio en separarse de él, porque decía le trataban indignamente. Cicerón predice que se arrepentirá, pero los vengativos no se arrepienten, y Celio se alababa de serlo. Trató de levantar en Italia partido contra César, pero fracasó en el empeño y perdió en él la vida.

Te llevo el testamento de Curio. He visto el de Hortensio. Quisiera saber ahora los propósitos de su hijo y lo que trata de poner en venta. No veo por qué, habiendo ocupado Celio (1) la puerta Flumentana, no he de hacer yo otro tanto de Puzzola.

Hablemos algo de mi *Piræea*; si escribirlo así es falta grave en un romano, cuando todos los maestros escriben *Piræeum*, la falta está en la palabra antes que en el *in* que yo le añado; porque yo solamente lo pongo en razón á que el Pireo no es ciudad. Dionisio, que está conmigo y Nicias de Cos, tampoco creen que el Pireo sea ciudad. Sin embargo, lo veré aún. Pero, en último caso, toda la falta, si falta hay, consiste en haber hablado como de un paraje y no como de una ciudad. En este punto he seguido, no diré á Cecilio, que no escribe bien, y que dice

Mane ut ex portu in Piræeum,

sino á Terencio, cuyas comedias por su elegante lenguaje se atribúan á C. Lelio. Aquél dice:

Heri aliquot adolescentuli coimus in Piræeum;

y en otro lugar:

Mercator hoc addebat, captam e Sunio.

Si queremos que *δήμους* sean ciudades, Sunio lo será lo mismo que el Pireo. Pero ya que eres tan buen gramático, he aquí otra cuestión; y de grave aprieto me sacarás si puedes resolverla.

Recibo de César cartas lisonjeras; de la misma manera me escribe Balbo por su parte. Estoy muy decidido á no separarme ni un ápice del camino del honor; pero tú sabes que debo algo aún á César (2). ¿Crees que puedo temer lo

(1) Stacio Celio, el poeta cómico.

(2) Así, pues, Cicerón no había pagado todavía á César el dinero que le debía.

atribuyan á mi deuda si opino en favor suyo, siquiera sea suavidad, ó que me la reclamen en alta voz si le hago oposición? ¿Qué hago?—Pagarle, me dirás.—Pues bien, pediré prestado á Celio (1). Te ruego que pienses en esto; porque espero, si hablo con energía en el Senado, que tu buen amigo de Tarteso (2) venga en seguida á decirme: paga lo que debes.

¿Qué me resta aún? Helo aquí: mi yerno (3) es amabilísimo para mí, Terencia y mi hija: imposible es tener más ingenio y urbanidad. Basta. Esto hace dispensar otras muchas cosas, como sabes. No ignoras lo que hemos descubierto de los otros, exceptuando aquel de quien nos ocupamos. Estos pretenden que hubiese yo ganado mucho haciéndoles ingresar en mi familia, y que no tienen deudas: será porque nadie querrá prestarles. Pero ya hablaremos á nuestra vista. Confío en M. Curio para el restablecimiento de Tirón, y he escrito al primero que le quedarás muy obligado. Trebulo (4), en casa de Porcio, v de los idus de diciembre.

## CARTA IV.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Dionisio arde en deseos de verte y te lo mando, aunque, á fe mía, muy en contra de mi gusto; pero no es posible negárselo. Es hombre instruido; yo lo sabía ya; pero además he visto en él costumbres puras, celo obsequioso que

(1) Este Celio era un banquero.

(2) Tartessus es el nombre que daban los Romanos á Cádiz, de donde era oriundo Balbo.

(3) Dolabela.

(4) Ciudad de la Sabina.

le hace interesarse por mi gloria; es, en una palabra, mozo excelente, ó mejor aún, para tratarle de otra manera que á liberto, un hombre de bien.

Ví á Pompeyo el iv de las kalendas de diciembre (1), y estuvimos dos horas juntos. Paréceme que se ha alegrado mucho de verme de regreso. Opina por el triunfo, y él mismo se ocupará de ello, si bien me aconseja que no asista al Senado antes de la decisión, por temor de que, hablando allí, me enemiste con algún tribuno. ¿Qué te diré? es imposible interesarse más por todo lo que me concierne. En cuanto á política, me habló de la guerra como de cosa indudable. No hay indicios de arreglo. Dice que había presentado desde hace mucho tiempo esta desavenencia, pero una circunstancia reciente no ha permitido dudar ya. Hircio (2), el amigo íntimo de César, fué de su parte á Roma, sin presentarse siquiera en casa de Pompeyo. Llegó el viii de las kalendas de diciembre (3), habiendo tenido Balbo el vii (4), antes de amanecer, una entrevista con Scipión relacionada con el asunto que le llevaba, y volvió á marchar durante la noche. Este es síntoma indudable de próxima ruptura.

¿Qué más? Una sola esperanza tengo, y es que el hombre á quien hasta sus amigos ofrecen el consulado, y á quien la fortuna otorga el poder supremo, no será bastante insensato para arriesgar tales ventajas. Pero si rompe el dique, preveo tales desgracias que no me atrevo á expresarlas. En último caso, espero encontrarme en Roma para el iii de las nonas de enero (5).

---

(1) 10 de diciembre.

(2) Presunto autor de libro viii de la *Guerra de las Galias* y del de la *Guerra de Africa*. Era entonces teniente de César en la Galia. Después fué colega del cónsul Pansa.

(3) 6 de diciembre.

(4) 7 de diciembre.

(5) 3 de enero.

## CARTA V.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Recibo muchas cartas tuyas á la vez; y si bien tengo noticias más recientes por los que vienen á visitarme, sin embargo me son muy gratas como pruebas de tu amistad y atención. Pero me entristece tu enfermedad, y mucho más ahora que Pilia (1) se encuentra invadida por el mismo mal. Procurad restableceros los dos todo lo más pronto posible.

Mucho te agradezco tus bondades con Tirón. Los servicios que me presta son sin duda muy importantes por su aptitud igual para los trabajos mentales y para los negocios; pero si deseo verle restablecido antes es por su modestia y su amable carácter, que por mi propia utilidad.

Nunca me ha hablado Filógenes de Luscieno: Dionisio puede enterarte de todo lo demás. Me extraña que tu hermana no haya venido á Areano (2). Veo con satisfacción que opinas como yo acerca de Crisippo. Seguramente no iré en este momento á Túsculo. Sería necesario separarse mucho para venir á mi encuentro, sin contar otros graves inconvenientes. Me propongo ir de Formiano á Terracina la víspera de las kalendas de enero (3). Desde allí marcharé por la orilla del lago Pontino y descansaré en Albano en casa de Pompeyo. De esta manera me encontraré en las puertas de Roma el iii de las nonas de enero (4), aniversario de mi nacimiento.

---

(1) Esposa de Atico.

(2) En casa de Quinto Cicerón, que tenía allí una finca.

(3) El 31 de diciembre.

(4) El 3 de enero.

Cada día temo más por la República. Los hombres honrados se entienden menos de lo que parece. ¡A cuántos caballeros romanos, á cuántos senadores he oído murmurar de Pompeyo, especialmente por ese desgraciado viaje! (1) Lo que necesitamos es la paz. Toda victoria será funesta y hará brotar un tirano. Muy pronto hablaremos de todo esto. Entre tanto, no sé qué podría decirte: nada de los asuntos públicos, y de los privados sabes tanto como yo. Solamente podemos bromear, si él lo permite. Soy ciertamente de los que opinan que es mejor acceder á todo lo que pide que acudir á las armas. Es muy tarde para resistirle, cuando no hemos hecho otra cosa en diez años que darle fuerza contra nosotros. —¿En qué sentido hablarás? vas á preguntarme.—En ninguno antes de oír tu opinión; y solamente lo haré después de haber conseguido ó renunciado al triunfo. Te ruego cuides mucho de tu salud, y procura desechar pronto esa cuartana, de la que espero no tardará en triunfar tu moderación.

## CARTA VI.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

No tengo nada que escribirte. No soy yo quien ha de darte noticias, y solamente las espero de tí. Pero no quiero perder mi antigua costumbre de no dejar partir á nadie que marcha á donde tú estés sin carta para ti.

Mucho temo por la República; y hasta ahora no he visto á nadie que, antes que llegar á las manos, no prefiera conceder á César cuanto pide. Verdad es que lo que pide excede á toda ponderación. Mas ¿por qué no le resistimos

---

(1) El viaje de Pompeyo en Campania.

antes? ¿Arriesgamos más que en la época en que le prorrogamos por cinco años? ¿ó bien que en la que le consentimos que su ausencia no fuese obstáculo á su candidatura? A no ser que le diésemos entonces armas únicamente para tener hoy más gloria en combatirle. Dirás ahora:—¿En qué sentido hablaras?—Tal vez de distinta manera que pienso. Mi opinión será siempre que es necesario intentarlo todo para evitar un rompimiento. Sin embargo, hablaré en el mismo sentido que Pompeyo, y no por debilidad. Pero sería grave daño para la República, y sobre todo deslealtad de mi parte, no estar de acuerdo con Pompeyo en circunstancias tan críticas.

## CARTA VII.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

«Dionisio, ese varón excelente que tan conocido me es por su ciencia y por la verdadera adhesión que te tiene, llegó á Roma el xv de las kalendas de enero y me entregó tu carta.» Con estas mismas palabras hablas de Dionisio en tu respuesta, pero no añades que me da las gracias. Sin embargo, debió hacerlo, y si lo hubiese hecho, me habrías informado de ello, siendo tú tan amable como reconozco. Sin embargo, no quiero rectificar lo bien que te hablé de él en mi última carta. Así, pues, le considero hombre honrado; y tiene de bueno que fácilmente me ha dejado conocerle á fondo. Lo que Filógeno te escribió es cierto. No ha hecho otra cosa que lo que debía. Le he permitido que utilice ese dinero hasta que se lo pida, y durante catorce meses se ha servido de él. Deseo el mejoramiento de Pontinio. He quedado sorprendido al saber que

ha entrado en Roma, según me escribes (1). Razones muy poderosas ha de haber tenido para ello. No llegaré á la casa de Albano el iv de las nonas de enero (2), porque es el día de las *compitales* (3), y no quiero molestar á las gentes de Pompeyo. Marcharé el iii de las nonas, y estaré el iv á las puertas de Roma (4). No sé qué día es el de tu fiebre, pero no quiero que te muevas de tu casa, si moverte puede molestarte en lo más mínimo. En cuanto al triunfo, parece que todo marcha bien para mí, al menos que no se oculte alguna trama de los tribunos de César. En último caso, tengo al ánimo muy tranquilo y tomo las cosas en su justo valor; tanto más, cuanto que por muchos conductos he sabido que Pompeyo y su consejo piensan darme el mando de Sicilia por razón de mi título. Pero he aquí cómo discurren en el Ἀδνηρικόν; porque ni él, ni el Senado, ni el pueblo me han nombrado para mandar en Sicilia. Y si Pompeyo es la República, ¿por qué no manda á un simple particular de la misma manera que á mí? Así, pues, en cuanto me moleste un poco ese título prescindo de él y entro en Roma por la primera puerta que se me abre. Me dices que la expectación es general y muy inquieta con relación á mí, y, sin embargo, que ninguno de los buenos, ni aun los más tibios, duda del fondo de mis intenciones. Ignoro á quiénes te refieres, y no conozco á ninguno á quien pudiese nombrar así: los conozco, sí, refiriéndonos á la clase entera; pero individualmente y en el verdadero

---

(1) Los oficiales del general esperaban ordinariamente su triunfo para entrar con él en Roma. Pontinio, que era teniente de Cicerón, había entrado sin él, y Cicerón podía temer que tuviese razones poderosas para haberlo hecho así; esto es, que aquel oficial desespérase de su triunfo.

(2) El 2 de enero.

(3) Fiestas que se celebraban en las encrucijadas, en honor de los Dioses á que estaban dedicadas.

(4) El 3 de enero.

sentido de la palabra, son muy raros. En las disensiones civiles, lo que hay que buscar es la clase y la especie de los hombres honrados. ¿Acaso es el Senado el buen partido, cuando deja á las provincias sin gobernadores? Jamás hubiera resistido Curión si se le hubiese hecho frente (1); pero el Senado no ha hecho nada y no se ha podido dar á César un sucesor. ¿Serán tal vez los caballeros, que nunca tuvieron mucho patriotismo y que hoy están casi en su totalidad afiliados á César? ¿Serán quizá los negociantes y campesinos, que solamente piden vivir en paz? ¿Qué se hará, pues? ¿habrán de otorgarse privilegios á un hombre que desea conservar su ejército más allá del término legal? Muy al contrario; creo que el hecho solo de su ausencia anula su candidatura. Pero concediéndole lo uno se le ha concedido lo otro. ¿Apruebas tú que se le haya prorrogado durante diez años y por tales medios? ¿Apruebas que consintiesen mi destierro, que se hayan quitado á la República las tierras de la Campania, que hayamos visto á un patricio adoptado por un plebeyo (2), á un hombre de Cádiz (3) por otro de Mitilena? ¿Apruebas las riquezas de Labieno (4) y de

---

(1) Curión no hubiese podido paralizar por sí solo la acción del Senado é impedirle que proveyese los gobiernos de las provincias, á no tener en el mismo Senado cómplices interesados como él en que nada se resolviese relativamente á este asunto, por temor de verse obligados á dar sucesor á César, que había comprado su neutralidad ó fingida oposición. Cicerón ignoraba todo esto.

(2) Clodio, adoptado por Fonteyo, hombre oscuro y más joven que él.

(3) Cornelio Balbo, de Cádiz, adoptado por Theofano, de Mitilena. Esta adopción, que Cicerón desajuraba aquí, la defendió en su oración por Balbo, ó más bién, rebajó su importancia diciendo que Balbo no había conseguido otro fruto que algunos bienes para sus parientes.

(4) Teniente de César en la Galia, donde tan bien había hecho su negocio, que pudo, sin aparente esfuerzo, hacer construir la quinta de Cingulo, en el Piceno.

Mamurra (1), los jardines y la casa de Bífulo en Túscolo? Pues todo esto tiene el mismo origen: debíase resistir al ambicioso cuando todavía era débil, y entonces era fácil. Hoy le vemos al frente de once legiones (2), sin contar la caballería, que tendrá cuanta quiera: cuenta con las ciudades transpadanas, el populacho de Roma, casi todos los tribunos, toda la juventud desordenada, el ascendiente de su glorioso nombre y su extraordinaria audacia. Este es el hombre á quien hay que combatir, si no le conservamos el privilegio que le concede una ley.—Combatamos, dirás, antes que servir á un amo.—Sí, para que nos proscriban si somos vencidos, y para perder la libertad si vencemos. Me dirás:—¿Qué partido tomar?—Haré lo que la res descarriada del rebaño, seguir á las de su especie: el buey sigue al buey; así seguiré yo á los hombres de bien, ó á los que por tales pasan; yendo, si es necesario, á perderme con ellos. Claramente veo lo que puede hacerse en tales apuros. Nadie sabe lo que sucederá, una vez que se haya llegado á las armas; pero lo seguro es que si quedan vencidos los buenos ciudadanos, el vencedor no perdonará ciertas cabezas ni más ni menos que Cinna, ni prescindirá del dinero de los ricos más de lo que prescindió Sila. Pero ya hemos hablado demasiado de política y no terminaría si no se extinguiese mi lámpara. En último caso, *habla M. Tulio* (3): Opino como Pompeyo, es decir, como Atico. Mis recuerdos al amable niño Alexis, si en el tiempo de mi ausencia el niño no ha pasado á ser adolescente; porque ya no distaba mucho de serlo.

---

(1) Era prefecto de los obreros en el ejército de César.

(2) Las legiones de César.

(3) Fórmula ordinaria con que se invitaba á los senadores para que emitiesen su opinión.

## CARTA VIII.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

¿Qué necesidad había de tantas seguridades como me das acerca de los sentimientos de Dionisio? (1) ¿No bastaba una palabra tuya? Verdad es que tu silencio me había hecho sospechar algo contra él; tanto más, cuanto que eres el hombre que mejor sabe consolidar con tan buenos testimonios las relaciones de aquellos de quienes eres amigo común, y se me había ocurrido que Dionisio había hablado de otra manera de mí. Pero tengo por dicho lo que me has escrito, y seré para él como tú quieres que sea.

Por una carta que me has escrito al comenzar uno de tus accesos, he podido tomar la fecha de tus días buenos, y veo con placer que, sin grave molestia, puedes venir a verme en Albano (2) el III de las nonas de enero (3); pero te ruego que ante todo cuides de tu salud. ¿Qué importancia uno ó dos días de anticipación?

He sabido que Livia (4) ha legado á Dolabela el noveno de sus bienes á condición de que tome su nombre (5):

(1) Vese que Cicerón comenzaba á sospechar de este liberto, de que tan satisfecho había estado hasta entonces. La carta de Ático debió restablecer la confianza.

(2) Cicerón se encontraba en Albano, alojado en la casa de Pompeyo.

(3) El 3 de enero.

(4) Se ignora quién fuese esta Livia.

(5) El sexo de la testadora no eximía á Dolabela de la obligación de cambiar de nombre, como si fuese legatario de varón. Pero Dolabela solamente heredaba la novena parte, y podía vacilar hasta saber á cuánto ascendía aquella novena parte. De esto quería Cicerón hablar con Ático.

asunto es de conveniencia pública si un hombre de su condición debe cambiar de nombre por un legado de mujer. Pero reflexionaremos detenidamente acerca de esto cuando sepamos á cuánto asciende el legado.

Has calculado muy bien: he visto á Pompeyo antes de entrar en Roma. Se me unió en Saverno (1) el vi de las kalendas de diciembre (2). Marchamos juntos á Formiano, y hablamos á solas desde las dos hasta el oscurecer. Me preguntas si hay alguna esperanza de arreglo: en cuánto he podido juzgar por lo que Pompeyo me ha dicho extensa y terminantemente, ni siquiera lo desea. Pretende que si César obtiene el consulado, aun después de licenciar el ejército, ocurrirá un trastorno en la República. Además, está persuadido de que, en cuanto sepa César que se preparan contra él, renunciará al consulado por el ejército, prefiriendo guardarlo juntamente con la provincia. Añadía que no le intimidaban sus furores, y que Roma y él sabrían defenderse bien. ¿Qué quieres que te diga? Aunque frecuentemente recuerdo las palabras ξονός 'Ενοάλιος, me tranquilizaba escuchar á un hombre tan valeroso, tan hábil y fuerte raciocinar en política acerca de los peligros de una paz simulada.

Leímos juntos la arenga de Antonio (3) del x de las kalendas de enero, que es desde el principio hasta el fin una acusación contra Pompeyo, á quien considera desde la toga de la infancia. Censúrale condenaciones por millares y nos amenaza con la guerra (4). Acerca de esto, me decía

(1) Paraje de la Campania.

(2) 26 de noviembre.

(3) La arenga de Marco Antonio, tribuno del pueblo, que pocos días después se retiró con su colega Q. Cassio hacia César. Anteriormente había sido cuestor de César en la Galia.

(4) Ha de tenerse en cuenta que Antonio acusaba á Pompeyo el *terror armorum* se refiere al que difundió Pompeyo en Roma cuando en su tercer consulado hizo entrar en ella sus legiones. César

Pompeyo: «¿Qué crees que hará César una vez dueño de la República, si su cuestor, hombre débil y arruinado (1), se atreve á hablar así?» En una palabra, no solamente no desea la paz, sino que hasta me ha parecido que la teme: tal vez será porque entonces tendría que salir de Roma. Lo que me disgusta más, es que será necesario que pague á César, y tendré que aplicar á esto todo el dinero de mi triunfo, porque no es posible que, declarándome contra él, continúe siendo deudor suyo. Pero de esta y otras muchas cosas hablaremos cuando nos reunamos.

## CARTA IX.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

¿Voy á recibir, dirás, carta tuya diariamente? Diariamente, sí, con tal de encontrar ocasión. Pero nos reuniremos muy pronto y entonces dejaré de escribirte. Me falta una tuya, la que diste á mi amigo L. Quintinio, que ha sido robado y herido cerca de la tumba de Basilio (2). Si esa carta contenía algo que necesite saber, repítelo, y á la vez resuélveme este problema político: Ó César obtendrá del Senado ó del pueblo el privilegio de pedir el consulado, sin dejar el ejército; ó se le obligará á entregar la provincia y las tropas para ser cónsul; ó, si no pueden hacerle ceder en este punto, podrán dejárselas á condi-

---

censuró este hecho á Pompeyo, así como también la condenación de muchos ciudadanos por el delito de soborno, en virtud de su ley Pompeya.

(1) Antonio había disipado su fortuna y tomaba el buen camino para rehacerla.

(2) Creen algunos que este Basilio era un ladrón famoso, enterrado en la vía Appia, teatro de sus hazafias durante su vida.

ción de que no tome parte en la elección. Si permaneciendo él tranquilo, se opone por medio de sus tribunos, será únicamente para aplazar las elecciones de cónsules para el año que viene; ó bien, despechado, avanzará sobre nosotros con su ejército y tendremos la guerra. Si llega á este extremo, puede esperarse que comenzará cuando apenas estaremos preparados nosotros; ó intentará antes obtener, por medio de sus amigos, en los comicios, que se le mantenga su privilegio. Empuñará las armas, ó porque se le habrá negado esta petición, ó porque algún tribuno partidario suyo que haya querido impedir la acción del Senado ó sublevar el pueblo habrá sido tachado, cohibido por un senatusconsulto, depuesto ó expulsado, ó que, para poder gritar violencia, se habrá refugiado al lado suyo (1). Una vez emprendida la guerra, será necesario encerrarse en Roma, ó salir para cortarle sus convoyes y el resto de sus tropas. De todos estos males, ¿cuál te parece el menor? Sin duda me dirás que hacer cónsul á César, á condición de que deje el ejército. En efecto, si quiere acceder á ello, no hay medio de negarle nada; y no me sorprendería que no pasase adelante, si no se le quiere permitir que pida el consulado sin venir á Roma. Por otra parte, otros pretenden que nada puede temerse más que verle cónsul.—Prefiero esto, me dirás, á que conserve el ejército.—Lo concedo; pero eso mismo que prefieres, es, sin embargo, un mal muy grande y para el que no hay remedio. Concedámosle eso, si se contenta. Considera su segundo consulado, después de haber visto el primero: tan débil como era entonces, era más fuerte que toda la República: ¿qué sería ahora? Y siendo él cónsul, Pompeyo tendría necesariamente que partir para Es-

---

(1) Oponiéndose los tribunos M. Antonio y Q. Cassio al senatusconsulto que mandaba á César dejar su provincia, el Senado les amenazó y prohibió que asistiesen á las sesiones. Protestaron contra estas medidas y marcharon á reunirse con César.

pañá. ¡Terrible extremidad! Por malo que es este partido, nos consideraremos muy afortunados si quiere aceptarlo, y hasta tendrán que estarle agradecidos todos los hombres honrados.

Pero admitamos, como se supone, que nada conseguimos de él por este camino; ¿cuál es el más enojoso de todos los partidos que quedan? El de concederle cuanto pide con tanta impudencia, como dice Pompeyo. Y á la verdad, ¿la hubo semejante jamás? Durante diez años has conservado el mando de una provincia, mando que te has hecho prorrogar, no por la voluntad soberana del Senado, sino por tus sobornos y violencias. Has traspasado ese término regulado por tu ambición y no por la ley. Por la ley, si quieres; pero se manda que se te nombre sucesor; tú lo impides, y exc'amas: que se respete mi derecho. Comienza tú por respetar los nuestros; ¿y lo haces así, cuando retienes el ejército por más tiempo que te lo ordenó el pueblo y que el Senado quiere? Concede ó lucha. Sí, como dice Pompeyo, y tendremos la esperanza de vencer ó de morir libres. Si se llega al fin á combatir, el azar decidirá el momento, los medios y las consecuencias. Acerca de esto no te pregunto; pero dime qué piensas de todo lo demás: este es el tormento de mis días y mis noches.

## CARTA X.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Me decidí repentinamente á partir antes de amanecer. Lictores, y especialmente con haces laureados, provocan demasiado la atención y las preguntas (1). Por lo demás,

---

(1) Estos lictores de Cicerón iban coronados de laurel, porque

ignoro, á fe mía, lo que hago y lo que haré: tal es la confusión que reina en mi ánimo. En cuanto á tí, ¿qué consejo he de darte, si no hago otra cosa que pedirte los? ¿Y qué decide nuestro amigo Cneo? ¿Qué propósitos tiene? Lo ignoro. Continúa encerrado en las plazas fuertes y como estapefacto. Si permanece en Italia, todos nos agruparemos á su lado; si se marcha, tendremos que consultar. Hasta ahora, ó yo he perdido el juicio, ó todos sus pasos son insensatos y torpes. Escríbeme, te lo ruego, todo cuanto se te ocurra.

## CARTA XL.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

¿Qué es esto? ¿qué ocurre? Para mí no hay más que tinieblas. Dices que somos dueños de Cisgulo (1), pero hemos perdido Ancona. Labieno se ha separado de César: ¿hablamos de un general del pueblo romano ó de otro Aníbal? ¿Hombre insensato y desgraciado á la vez, que jamás vi ni siquiera sombra de virtud! Si se le escucha, el honor le lleva á realizar todo esto; pero ¿dónde está el honor sino en la virtud? ¿Es cumplir con el honor tener un ejército para sí en una república; apoderarse de ciudades habitadas por ciudadanos romanos, para abrirse camino hacia la patria; no pensar sino en la abolición de deudas, llamamiento de desterrados y tantos otros crímenes,

Y hacer del poder el primero de sus dioses?

---

Cicerón era *imperator* y esperaban el día de su triunfo para entrar en Roma con él: porque cuando dice que está decidido á partir, no es de la misma Roma, en la que no había entrado, sino de los arrabales de la ciudad, donde permaneció á la expectativa.

(1) La ciudad que edificó Labieno. Esta ciudad envió diputados á César y se rindió á él.

Guarde para sí su fortuna. No diera, á fe mía, por todas esas grandezas uno solo de nuestros paseos á tu hermoso sol de Lucretino (1); ó más bien, preferiría mil veces morir á fomentar tales ideas. Trabajo perdido, me dirás. Verdad es, cada uno piensa como quiere; ;mas pensar así! En mi opinión, peor es eso que morir en la cruz. Lo único que hay peor que eso es triunfar con tales propósitos. Pero basta de esto. Encuentro cierta dulzura en hacer contigo estas tristes reflexiones. Volvamos á Pompeyo. Dime, por favor, qué opinas de la resolución que ha tomado, de su marcha de Roma (2). Por mi parte nada comprendo, ni nada juzgo más insensato. ¿Dejas la ciudad? Luego lo mismo harías si volviesen los Galos. La República, nos dice, no está encerrada en el recinto de nuestras murallas, ni en nuestros altares y dioses (3). Otro tanto hizo Temístocles; una sola ciudad no podía detener el torrente de los bárbaros. Pero no lo hizo Pericles cincuenta años más tarde, aunque nada poseía más allá de las murallas de Atenas; y cuando los Galos se apoderaron de Roma, nuestros padres resistieron en el Capitolio

Οὕτω που τῶν πρότερον ἐπειθόμεθα κλέει ἀνοδρεῖν.

Por otra parte, la indignación de las ciudades municipales, las conversaciones de cuantos oigo, me hacen creer que esa malhadada resolución tendrá buen resultado. Aquí se quejan en voz alta (no sé qué dirán ahí; pero tú me en-

(1) Este encantador paraje estaba situado en la vertiente de las montañas de la Sabina.

(2) Cuando pasó César el Rubicón, aturdióse al pronto Pompeyo, y sin recordar á Temístocles, Pericles ni Camilo, emprendió la fuga. Tenía algunas tropas en Italia, pero era de temer que no le sostuviesen ó que á la vista de las de César se pasasen con armas y bagajes. Huía, pues, pero sin saber, como dice Cicerón en la carta siguiente lo que haría ni lo que hacía.

(3) No en muros de piedra, sino de madera, decía Temístocles aludiendo á las naves.

terarás de ello) acerca de que Roma se encuentra sin Senado, sin magistrados. Pompeyo huyendo, es espectáculo que ha conmovido todos los ánimos hasta un punto que no puedo expresarte. ¿Y qué te diré? la causa se ha robustecido, hablándose de no conceder nada á César. Explicame tú en qué parará todo esto. He recibido de Pompeyo una misión muy tranquila: la inspección general de las levas y de todos los demás preparativos que se harán en la Campania y en toda aquella costa. Así, pues, héteme corriendo por todas partes. Creo que ahora ves á dónde se dirige César, cuáles son las disposiciones del pueblo y qué giro tomarán los asuntos. Dimelo, te lo ruego, y como las cosas cambian tanto, escribeme con frecuencia. Me tranquilizo algo escribiéndote y leyendo tus cartas.

## CARTA XII.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

Una sola carta tuya he recibido, fechada el XII de las kalendas (1): me dices que ya me habías escrito otra, pero no me la han entregado. Te ruego me escribas con toda la frecuencia posible, no solamente lo que sepas de cierto y lo que oigas decir, sino que también lo que puedas prever: sobre todo, dame tu opinión acerca de cuanto deba hacer ó no hacer. Por mi parte procuraré que sepas lo que hace Pompeyo, aunque creo que ni él mismo lo sabe, y mucho menos nosotros. El X de las kalendas (2) vi en Formiano al cónsul Léntulo (3); he visto también á Libón: el

(1) 21 de diciembre.

(2) 23 de enero.

(3) L. Cornelio Léntulo. Pompeyo había ordenado á todos los ma-

miedo les ha desconcertado á todos. Pompeyo ha marchado á Larino, donde tiene tropas, como también en Teano, en Luceria y en el resto de la Apulia. Ignórase todavía si se propone tomar posiciones en Italia ó atravesar el mar. Si permanece aquí, temo que no cuente con ejército bastante fuerte; y si parte, ¿dónde y cómo reunirse con él? El apuro es grande para mí. En cuanto al otro, cuyo *φαλακρισμον* temes, espero de él todo lo peor. Nada le detendrá, ni la suspensión de los negocios, ni la ausencia de los magistrados y del Senado; el tesoro público no estará mucho tiempo cerrado para él (1). Pero así como me dices, muy pronto tendremos noticias. Entre tanto dispénsame si te escribo con tanta frecuencia y cartas tan largas: lo hago para tranquilizarme, para recibir otras tuyas y, sobre todo, consejo para saber qué debo hacer. ¿Debo abrazar ciegamente el partido de Pompeyo? No es el peligro lo que me detiene, sino que me desagrade profundamente todo lo que sucede. Imposible parece haber cometido tantas faltas por no haberme escuchado. ¿Tendré que acumular paciencia, que inclinarme en tanto á un lado, en tanto á otro, hasta que me entregue al más fuerte como á verdadero señor? *Αἰδέομαι Τρώας*, y no solamente me retienen los deberes de ciudadano, sino que también los de amigo, aunque se me destroza el corazón al pensar en nuestros queridos hijos. Sé que te encuentras en igual confusión, y sin embargo es necesario que me escribas lo que debo hacer, sobre todo en el caso de que Pompeyo abandone la Italia. M. Lépido, á quien he visto aquí, está decidido en semejante caso á no seguirle, y lo mismo L. Torcuato. Lo que más me apura, sin hablar de otras cosas, son mis lictores.

---

gistrados y senadores que le siguiesen y declarado que consideraría como enemigos á los que no obedeciesen. El cónsul Léntulo daba ejemplo de obediencia.

(1) Los cónsules se habían llevado las llaves, y César hizo saltar las cerraduras.

Nunca he visto nada más enmarañado; así es que no te pido aún que decidas nada, sino solamente tu opinión. Quiero saber, en una palabra, tus pensamientos y tus dudas. Es casi seguro que Labieno se ha separado de César. Creería yo muy ventajoso para nuestra causa, si á su llegada á Roma encontrase todavía allí el Senado y los magistrados (1); porque entonces parecería á todos que ha condenado, por amor á la República, el crimen de un hombre con el que estaba tan unido. En ultimo caso, así parece desde ahora, pero con poco resultado, por falta de alguno que pueda aprovecharlo. Creo que César se arrepiente; pero es posible también que la retirada de Labieno sea una noticia falsa, aunque aquí no se duda de ella (2). Aunque me tienes, como me dices, encerrado en tu casa, puedes decirme sin embargo qué giro toman las cosas en Roma; si se echa de menos á Pompeyo; si se dan muestras de odio á César. Al mismo tiempo te pregunto si debo dejar en la ciudad á mi esposa y mi hija, llamarlas aquí, ó enviarlas á paraje seguro. En fin, escíbeme cuanto pase, no ceses de escíbeme.

### CARTA XIII.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Opino como tú en el asunto de Vesmonio. Considero á Labieno como verdadero héroe: desde muy antiguo nada se ha hecho tan digno de un buen ciudadano; y bastante sería ya aunque solamente hubiese conseguido dar un pe-

(1) No los encontró en ella.

(2) Mucho debió mortificar á César la defección de Labieno; sin embargo, no se dignó siquiera aludir á él cuando se le presentaba ocasión tan natural al hablar de la toma de Cingulo.

sár á César; pero creo que la República ha ganado mucho en ello. También apruebo á Pisón: el juicio que ha emitido acerca de su yerno no quedará sin efecto. Sin embargo, considera bien esta guerra, y verás que no es de opiniones entre los ciudadanos, sino que procede de la desenfrenada audacia de uno solo. Vese al frente de un ejército poderoso; se ha formado numeroso partido sembrando esperanzas y promesas, y todo lo quiere para él. Le hemos entregado sin defensa á Roma y todas sus riquezas. ¿Qué no podremos temer de un hombre que considerará nuestras casas y nuestros templos, no ya como patria, sino como presa? No sé qué hará encontrándose sin Senado y sin magistrados; ni siquiera tendrá apariencia de gobierno. Pero nosotros, ¿cuándo y cómo podremos levantarnos con un jefe que, como tú mismo observas, no conoce la guerra ni comprende la importancia de las plazas del Piceno? Su incapacidad es notoria, y sin hablar de las faltas que ha cometido durante diez años, ¿qué paz, por dura que fuese, no valía más que esta lamentable fuga? Ni siquiera en el momento presente sé lo que se propone, aunque escribo á todas partes para enterarme. Jamás se vió tanto desaliento ni tanta confusión. ¿Qué plazas, qué tropas tiene? Y sin embargo, para atender á esto se le hizo permanecer en las puertas de Roma. Todos nuestros recursos se reducen á dos legiones que retuvo de una manera odiosa y que casi puede considerar extranjeras (1). En cuanto á las levadas, fórmanse de gentes alistadas en contra de su voluntad y

---

(1) De estas dos legiones destinadas para el Asia y la Siria, según orden del Senado, Pompeyo debía suministrar una y César la otra. César lo hizo así; pero Pompeyo, que había prestado una legión á César, se la pidió; devolviósela César, y en realidad dió dos legiones en vez de una (*De Bell. Civ.*). César recuerda este rasgo para deducir que desde entonces (porque esto ocurrió el año anterior) procuraba Pompeyo servirse de estas legiones para establecer su poder y dominio, y deseaba que se llegase á las manos.

que no tienen ni el menor deseo de combatir. Por otra parte, ya no es tiempo de hablar de paz. No puedo penetrar en lo futuro; pero ciertamente seremos siempre culpables, ó más bien nuestro jefe, de haber salido del puerto sin timón y de habernos entregado á la tempestad. No sé qué hacer con nuestros Cicerones, y varias veces se me ha ocurrido la idea de mandarles á Grecia. Mucho más tiemblo por Tulia y Terencia, cuando pienso en la llegada de los bárbaros; pero al recordar que Dolabela está con ellos, respiro un poco. Te ruego que reflexiones en esto; pensemos primeramente en un paraje de refugio, porque debo ocuparme más de ellas que de mí mismo; en seguida meditemos en lo que podrían decir si saliese yo de Roma cuando todos los buenos ciudadanos la han dejado. Esto te atañe lo mismo que á mí y que á Peduceo, que me ha escrito; porque uno y otro gozáis de notoriedad que os impone los mismos deberes que á los primeros ciudadanos. No pretendo aconsejarte, puesto que te pido consejo para mí y para mi familia. Concluyo rogándote que procures informarte cuidadosamente de todo cuanto ocurra y me lo comuniques. Entérame especialmente de tus conjeturas; esto es lo que más me interesa. Cualquiera puede decirme lo que suceda, pero tú solo predecirme lo venidero. *Μαυτις δ'ἀριστος*. Perdona mi locuacidad, que me alivia escribiéndote y me proporciona cartas tuyas.

---

Al pronto nada comprendí de tu enigma referente á esos Oppios de Velia (1), enigma que es más oscuro que los números de Platón. Después lo he comprendido; llamas á esos

---

(1) Estos Oppios eran banqueros en Roma. Uno de ellos estaba encargado de los negocios de César en Roma, mientras permanecía él en la Galia. Parte de esta familia romana estaba establecida sin duda en Velia, en alguna posesión perteneciente á Atico, porque Cicerón les califica de *contubernales* de Atico.

Opinos succones (chupauores). La palabra me hizo sudar mucho; pero una vez comprendida, el resto es sencillo y la cantidad concuerda con la de Terencia.

Ví á L. César en Minturno (1) el viii de las kalendas de febrero (2), por la mañana; lleva á Pompeyo proposiciones ridículas (3). Ese hombre no tiene aplomo ni seriedad, y creo que César ha querido burlarse de nosotros al encargar á tal individuo negociaciones tan importantes (4). Pero tal vez no se las habrán encargado, y por cualquier frase suelta se haya tomado él mismo la comisión.

Labieno, que, en mi opinión, es un grande hombre, vino á ver á Pompeyo y á los cónsules en Teano el ix de las kalendas (5). En cuanto sepa lo que pasó en ésta entrevista, te lo comunicaré. Pompeyo partió de Teano el viii de las kalendas (6) en dirección de Larino (7): el mismo día llegó á Venafri (8). Parece que Labieno nos ha inspirado algún valor; pero nada especial puedo decirte todavía de este

(1) Hijo de L. Julio César, que fué cónsul en 690 con C. Mario Figulo.

(2) 25 de enero.

(3) César proponía que Pompeyo marchase inmediatamente á su gobierno de España; que los dos licenciasen sus tropas; que cada uno depondría las armas en Italia; que los comicios fuesen libres, y entregados al Senado y al pueblo los asuntos públicos. Todo esto lo encuentra absurdo Cicerón, y sin embargo nada podía ser más razonable. Verdad es que, aceptándolo, en cierta manera hubiese entregado Pompeyo á César Roma y la Italia; rechazó, pues, las proposiciones de su rival, á no ser que César regresase á la Galia, en cuyo caso marcharía él á España.

(4) Se engaña Cicerón. César dice en sus *Comentarios* que encargó esta comisión á L. César. Más aún; Pompeyo fué quien envió primeramente á Lucio con proposiciones para César, remitiendo César con el mismo Lucio las suyas. La censura de haber empleado para estas negociaciones á un hombre como Lucio recae sobre Pompeyo.

(5) 24 de enero.

(6) 25 de enero.

(7) Ciudad en los confines de la Apulia.

(8) En Campania, cerca del río Volturn

país, y tengo mucha más curiosidad de saber por tí lo que se dice de César: cómo ha tomado la deserción de Labieno; qué hace Domicio en el país de los Marsos (1), Thermo en Iguuvio (2) y P. Accio en Cingulo (3); cuáles son las disposiciones del pueblo, y, en fin, tus opiniones sobre todo esto. Escríbeme con frecuencia, y dime qué debo hacer con mi esposa y mi hija, y á qué te has decidido tú mismo. Si te escribiese de mi puño la carta, sería más larga; pero la fluxión que tengo en los ojos me obliga á dictar.

#### CARTA XIV.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

Hoy, vi de las kalendas de febrero (4), parto de Calvi (5) para Capua: mi fluxión á los ojos no es importante. L. César llegó á Teano el viii de las kalendas y comunicó á Pompeyo y á los cónsules las proposiciones de César. Se ha convenido aceptarlas, pero á condición de que retiraría previamente sus tropas de todas las plazas que no pertenecen á

---

(1) L. Domicio estaba encerrado con sus cohortes en Corfinio. Después de algunos días de sitio, los habitantes se rindieron á César, y éste dejó marchar sin causarles daño alguno á Domicio y su hijo, así como también á P. Léntulo Spinter, L. Vibulio Rufo, Sexto Quintilio Varo, cuestor, L. Rubrio y otros muchos caballeros romanos que Domicio había hecho venir de las ciudades municipales y que estaban encerrados con él en Corfinio.

(2) Desconfiando Thermo de las disposiciones de los ciudadanos de Iguuvio, ciudad de la Umbria, retiró sus cohortes y huyó. Curión entró en Iguuvio con mucha satisfacción de sus habitantes.

(3) P. Accio Varo no se encontraba ya en Cingulo, sino en Auximo, ciudad del Piceno. Hizo lo mismo que Thermo en Iguuvio y por idénticas razones; huyó dejando la ciudad en poder de César.

(4) 27 de enero.

(5) Calvi, cerca de Capua.

su gobierno; que hecho esto, regresaríamos todos á Roma y que se entregaría el asunto al Senado para su resolución. No desespero, pues, de la paz. Creo que César se arrepiente algo de sus furioses y que Pompeyo se siente demasiado débil.

Pompeyo ha querido que marchase á Capua para activar las levás, porque la colonia no muestra mucha prisa en el asunto (1). En cuanto á los gladiadores que César tenía en Capua, cosa de que te escribí por una carta de Torcuato, ha resultado falso. Pompeyo los ha distribuido dos á dos en las casas de los vecinos; precaución excelente, porque se dice que habrían forzado el paraje donde se encontraban, y en él se han encontrado cinco mil escudos.

Te ruego pienses si conviene que nuestras mujeres, entre las que se encuentra tu hermana, permanezcan en Roma ahora que ya no queda allí ninguna señora distinguida. Ya les he escrito de la misma manera que á tí. Decídelas á marchar: tenemos en esta costa, que yo guardo, casas de campo en las que, en las actuales circunstancias, no se encontrarían mal. En cuanto á mi yerno, si ha tomado mal partido, no tengo que responder yo; pero si tendrían razón para considerar extraño que nuestras mujeres fueran las únicas que permaneciesen en Roma. Dime si pensáis salir tú y Sexto, y en general lo que opinas de los asuntos actuales. Por mi parte no me canso de aconsejar la paz: por desventajosa que pueda ser, siempre será mejor para nosotros que la guerra más justa. Pero en último caso sucederá lo que la fortuna quiera.

---

(1) César había establecido una colonia en Capua durante su consulado, manteniendo allí considerable número de gladiadores. El cónsul Léntulo les reunió en la plaza pública, les prometió la libertad, les dió caballos y les mandó que le siguiesen; mas advirtiéndole muy pronto que todos censuraban aquella medida, los distribuyó en los alrededores de la Campania para vigilar la custodia de los esclavos. Tal es el relato de César, bastante diferente del de Cicerón.

## CARTA XV.

CICERÓN A ÁLICO, SAL. D.

— Desde que salí de Roma, ni un solo día he dejado de escribirte; pero solamente tengo la satisfacción de hablar contigo desde lejos, no pudiendo hacerlo de cerca y de viva voz.

Llegué á Capua la víspera del sexto de las kalendas (1), encontrando aquí á los cónsules y á muchos senadores. Todos desean que César retire sus tropas de las plazas de Italia, y que se atenga á las condiciones que él mismo ha propuesto. Solamente Favonio pretende que no se debe recibir la ley de César; pero ni siquiera se le ha escuchado en el consejo. Hasta Catón prefiere la servidumbre á la guerra civil. Sin embargo, ha declarado que quería asistir al Senado cuando se trate de lo que se debe conceder á César, si se decide á retirar las tropas. Así, pues, no iré á Sicilia (2), á donde tan necesario sería que fuese; y tiene empeño en asistir al Senado, á donde temo sea perjudicial su presencia. Pero Postumo, á quien el Senado ha nombrado para que marche en seguida á Sicilia á ocupar el puesto de Furfanio (3), ha declarado que no marchará sin Catón; y está persuadido de que el Senado no puede prescindir de sus servicios y de la importancia que se atribuye. Entre

---

(1) 26 de enero.

(2) Fué sin embargo muy poco después; mas apenas había terminado sus preparativos de defensa, teniendo noticia de la llegada de Cicerón, reunió al pueblo, se quejó de que le habían abandonado, de que le había hecho traición Pompeyo, y huyó.

(3) T. Furfanio Postumo, que sucedió á Alieno, como pretor de Sicilia, mientras que César hacía la guerra en Africa.

tanto, ha sido necesario mandar á Fannio (1) para que mande en Sicilia.

Aquí hay mucha variedad de opiniones. La mayor parte opinan que César no se atenderá á las condiciones que ha propuesto, y que solamente las ha presentado para detenernos en nuestros preparativos de guerra. Por mi parte creo que retirará sus tropas; con tal de que le hagan cónsul, tendrá lo que pretendía, y no concluirá por el crimen, como ha comenzado. Necesario es que recibamos el castigo, habiendo cometido la vergonzosa falta de no prevenirnos. Carecemos de tropas, no tenemos dinero, y al abandonar á Roma, hemos entregado á nuestro enemigo, no solamente el de los particulares, sino que también todo el tesoro público. Pompeyo ha marchado á reunirse con las tropas de Accio, llevando consigo á Labieno. Deseo conocer tu opinión acerca de estas cosas. Pienso partir para Formiano.

## CARTA XVI.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Creo haber recibido todas tus cartas, exceptuando la primera, en el orden en que Terencia me las ha enviado. Te escribí desde Capua el v de las kalendas (2), diciéndote las proposiciones de César, la llegada de Labieno, la respuesta de los cónsules y de Pompeyo, enterándote también de muchas conjeturas mías. Actualmente estamos esperando, en primer lugar qué hará César cuando conozca las proposiciones que L. César se ha encargado de llevarle, y en

---

(1) C. Fannio, antiguo tribuno del pueblo.

(2) 28 de enero.

segundo lugar lo que el mismo Pompeyo se propone por su parte. Me escribe que dentro de pocos días se encontrará á la cabeza de un ejército imponente; que puede ocupar el Piceno, y que en este caso espera que podremos volver á Roma. Tiene consigo á Labieno, que considera á César como completamente imposibilitado de sostener la lucha. La llegada ha reanimado mucho el valor de nuestro Cneo. He recibido órdenes de los cónsules para que me encuentre en Capua en las nonas de febrero (1). Partí para Formias el III de las kalendas (2). Hoy, cerca de la hora novena, he recibido en Calvi tu carta, á la que contesto inmediatamente.

Opino como tú en cuanto á Terencia y Tulia, y las escribo que se pongan de acuerdo contigo. Si no han marchado aún, harán bien en esperar el giro que tomen los acontecimientos.

## CARTA XVII.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

Profundamente agradable me ha sido tu carta. Pensaba mandar los niños á Grecia, cuando parecía que Pompeyo quería absolutamente abandonar la Italia. Esperaba, en este caso, que marcharíamos á España, y esto no les convenía mas que á nosotros. Pero ahora creo que tú mismo y Sexto podéis permanecer en Roma sin inconveniente; tanto más, cuanto que no hay razón para que estéis contentos de Pompeyo, porque jamás dejó nadie tan desamparada la ciudad. ¿Qué te parecen mis bromas en este mo-

---

(1) 5 de febrero.

(2) 3 de enero.

¿Entonces? Sin duda conoces ya la contestación de Pompeyo á las proposiciones de César, y habrás visto la carta que éste le ha escrito, porque querían hacerla pública. Pero no comprendo cómo Pompeyo, que tan elegantemente escribe, se haya servido de Sextio para redactar un documento tan importante y que había de correr en manos de todos: así es que nunca he visto nada que trascendiese tanto á Sextio. Ves, sin embargo, por esta carta de Pompeyo, que nada se niega á César y que se le concede cuanto pide. Insensato sería si aceptase las condiciones que se le imponen, después que se han aceptado las que ha tenido el atrevimiento de proponer. Porque, en fin, ¿quién eres tú para decir: Pretendo que se marche á España y que retire sus tropas de las plazas de Italia? Y sin embargo, lo consigue; y se cede hoy con mucho menos honor á un rebelde declarado que ha puesto ya manos violentas sobre la República, que si antes se le hubiese permitido pedir el consulado sin venir á Roma. Temo, sin embargo, que no se contente con lo que se le concede; porque después que encargó á L. César de sus proposiciones, parece que debía haber permanecido algo más tranquilo; y he sabido que, sin esperar contestación, se muestra más obstinado que antes.

Trebaecio me escribe que le encargó el ix de las kalendas de febrero (1) que me rogase me acercara á Roma, con lo que le proporcionaría sumo placer. Esto en una carta muy larga. Contando los días, he comprendido que, en cuanto supo César que habíamos dejado á Roma, pensó en hacer regresar á ella algunos consulares. Así es que no dudo haya escrito lo mismo á Pisón (2) y á Servio. Lo que me sorprende es que no me haya escrito él mismo, ó al menos que no haya hecho me escribían Dolabela ó Celio; aunque, por otra

---

(1) 24 de enero.

(2) M. Pupio Pisón, cónsul en 693, suegro de César. Servio Sulpicio, cónsul en 703.

parte no me parece mal que se haya servido de Trebacio, que es uno de mis amigos más queridos. He creído, sin embargo, que no debía escribir á César, puesto que no me había escrito él; pero he hecho saber á Trebacio que en la actualidad me era muy difícil satisfacer los deseos de César; añadiendo que permanecía en mi casa de campo sin mezclarme para nada de las levadas nuevas, ni de ningún otro negocio.

A esto me atenderé, mientras exista alguna esperanza de paz: si se emprende la guerra, solamente atenderé á mi deber y mi honor. Comenzaré por mandar los niños á Grecia, porque no dudo que el incendio abrase toda la Italia. ¡Quién diría que tempestad tan espantosa la levantarán unos cuantos ciudadanos envidiosos ó malvados! Mas podremos juzgar muy pronto del giro que tomarán las cosas, por la manera con que considere César nuestra respuesta. Entonces te escribiré más detalladamente, si tenemos guerra; pero aunque solamente consigamos una tregua, espero verte.

Hoy, en las nonas de febrero (1), he regresado de Capua á Formiano, y espero á nuestras mujeres durante el día. Primeramente les escribí, por una carta tuya, que podían permanecer en Roma; pero he sabido que reina allí más alarma que nunca. Volveré á Capua para las nonas de febrero (2), en virtud del mandato de los cónsules. Si se tienen allí noticias de Pompeyo, te las comunicaré en seguida: espero que tú me escribas las que conozcas.

---

(1) 3 de febrero.

(2) 5 de febrero.

CARTA XVIII.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

El iv de las nonas de febrero (1) llegaron nuestras mujeres á Formiano, y en seguida me hablaron de las asiduas atenciones que te deben. Las dejaré aquí con los niños hasta que sepamos con certeza si tenemos que elegir entre una paz vergonzosa y una guerra deplorable. Hoy, iii de las nonas (2), partimos mi hermano y yo para reunirnos á los cónsules en Capua, donde tenemos orden de encontrarnos el día de las nonas (3).

Dícese que cuando se leyó al pueb'lo la contestación de Pompeyo á las proposiciones de César, la asamblea la aprobó, quedando satisfecha. Así lo esperaba. Si César rechaza estos ofrecimientos, cae en el desafecto: si los acepta... ¿Qué te parece mejor? me dirás. Te contestaría, si conociese nuestras fuerzas.

Aquí corre el rumor de que somos dueños de Ancona (4), de donde hemos arrojado á Cassio (5). Este es buen precedente, si estalla la guerra. Por otra parte, se asegura que César, desde que remitió sus proposiciones con L. César, continúa las levadas con más ardimiento que antes, ocupa las posiciones ventajosas y las guarnece. ¡Oh malvado ladrón! Y para la República, ¡qué deshonor, de la que ninguna paz puede indemnizarla! Pero no nos irriteemos; cedamos al tiempo; marchemos á España con Pompeyo: en el cúmu-

---

(1) 2 de febrero.

(2) 3 de febrero.

(3) 5 de febrero.

(4) Esta noticia era falsa.

(5) Q. Cassio Longino.

lo de nuestros males, debemos elegir el menor, puesto que no quisimos, cuando podíamos hacerlo, poner á cubierto la República del segundo consulado de ese hombre. Pero basta de esto.

En mis cartas anteriores se me olvidó hablarte de Dionisio; pero he decidido esperar la contestación de César: si regresamos á Roma, allí nos encontrará; si se prolongan las negociaciones, podré llamarle. No debía habernos abandonado en nuestra fuga, después de habérselo rogado: su conducta no es propia de un sabio y de un amigo.. Pero no debe pedirse demasiado á los Griegos. Para el caso en que sea necesario hacerle venir aquí, cosa que en manera alguna deseo, te ruego veas si está dispuesto á ello; porque no quiero hacerle fuerza.

Mi hermano Quinto trabaja para obtener dinero de Egnacio y pagarte (1). Egnacio no carece de buena voluntad, y también es muy rico; pero son tan malos los tiempos, que Q. Titinio, que me ve con frecuencia, me ha dicho que no podía encontrar ni siquiera con qué hacer su viaje, y que se habfa contentado con decir á sus deudores que el interés continuaba corriendo; dícese que L. Ligo ha hecho lo mismo. Careciendo Quinto de dinero disponible, no pudiendo conseguirlo de Egnacio, ni encontrando en ninguna parte quien le preste, le sorprende que no tengas en cuenta este malestar público. Por mi parte, aunque sigo puntualmente la máxima que se atribuye á Hesiodo: «No juzgues sin haber oído á las dos partes,» especialmente cuando se trata de tí, á quien nunca ví obrar con precipitación, me conmueven sin embargo las quejas de mi hermano. He querido que tengas conocimiento de estas cosas.

---

(1) Atico no acostumbraba á dejar envejecer ninguna deuda por indulgencia, ni aumentar con la acumulación de intereses. (Cor. Nep.)

## CARTA XIX.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Nada tengo que decirte. Había escrito una extensa carta, y no te la remito. Mostraba en ella muchas esperanzas: encontrábame bajo la impresión de lo que me habían dicho de las disposiciones del pueblo en la última asamblea, y estaba persuadido de que César se atendería á las condiciones que presentó. Pero he aquí que el 11 de las nonas de febrero (1) por la mañana recibo, con tu carta, otra de Filótimo, de Furnio, como también la copia de una de Curión á este último, y veo en ella que Curión ridiculiza la misión de L. César. Así, pues, todo está perdido, y no sé qué partido tomar. No me inquieto, á fe mía, por mí mismo, pero no sé qué hacer con nuestros hijos. Saldré para Capua en cuanto concluya de escribir; allí me enteraré mejor de los asuntos de Pompeyo.

## CARTA XX.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Los tiempos que corren me han hecho lacónico. No hay esperanza de paz, y nada tenemos preparado para la guerra. No pueden encontrarse dos nulidades como nuestros cónsules (2). Esperando saber por ellos á qué altura se en-

---

(1) 4 de febrero.

(2) C. Claudio Marcelo y L. Cornelio Léntulo.

cuentran nuestros preparativos, y á pesar de una lluvia espantosa, marché á Capua la víspera de las nonas, en cumplimiento de las órdenes que me habían dado. No estaban allí; pero iban á llegar sin medios de acción como sin plan. Dícese que Pompeyo está en Luceria (1), donde ha querido revistar algunas cohortes de las legiones de Accio, que no son muy seguras. El otro viene á la carrera; va á caer sobre nosotros, no para combatir ¿con quién? sino para quitarnos los medios de huir. Por mi parte, consiento en morir con Pompeyo en Italia, y acerca de este punto no te consulto. Pero si se marcha, ¿qué hago? El rigor de la estación, mis lictores, la imprevisión é impericia de los jefes, razones son para permanecer: otras hay para huir con Pompeyo; la amistad que nos une, la justicia de su causa, la vergüenza de unirse con un tirano, del que todavía no puede decirse si imitará á Pisistrato ó á Falaris (2). Esto es lo que me apura y lo que demanda tus consejos. Tal vez no será menor tu indecisión; pero, en fin, dime lo que pienses. Si sé algo hoy, en seguida te lo comunicaré. Los cónsules no pueden dejar de venir aquí para la asamblea de las nonas. Espero que me escribirás diariamente. Además, contesta á ésta cuando puedas. He dejado á nuestras mujeres y á los niños en Formiano.

## CARTA XXI.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Antes te enteras de nuestros males que yo, porque brotan por ahí. Por aquí ningún bien puede esperarse. Fui á

(1) Luceria, en Apulia.

(2) Pisistrato cambió la forma de gobierno en Atenas y ejerció el poder con dulzura. Falaris hizo otro tanto en Agrigento y fué un tirano cruel.

Capua el día de las nonas de febrero (1), según la orden de los cónsules. Léntulo llegó por la noche. El vii de los idus (2) no se había presentado aún el otro cónsul. Acabo de dejar á Capua y he descansado en Calvi, desde donde te escribí hoy, vi de los idus, antes de amanecer. En Capua me enteré de todo; nada puede esperarse de los cónsules: de levas, no hay noticias. Los que están sujetos á ellas, ni siquiera se atreven á presentarse: él está muy cerca, y nuestro jefe no se mueve ni se presenta: nadie se ha hecho inscribir aún. No hay mala voluntad, pero se carece en absoluto de confianza. En cuanto á nuestro Cneo, ¡oh degradación increíble! ¡cuánto ha caído! sin valor, sin ideas, sin acción, sin movimiento. No hablo de su vergonzosa fuga de Roma, de sus tímidas alocuciones á las ciudades, de esa completa ignorancia de las fuerzas de su adversario y hasta de las suyas.

Pero ¿cómo llamaremos á esto? C. Cassio, (3) tribuno del pueblo, ha venido de su parte á Capua, el vii de los idus, trayendo orden á los cónsules para que marchen inmediatamente á Roma, recojan el tesoro sagrado (4), y regresen en seguida. ¿Y dónde encontrarán escolta? ¿Volver de Roma! ¿les dejarán marchar? El cónsul ha contestado á Pompeyo que comenzase él mismo por entrar en el Piceno. Pero el Piceno lo hemos perdido; nadie lo sabe aún aquí, exceptuando yo, porque me lo ha escrito Dolabela. Sospecho

---

(1) 5 de febrero.

(2) 7 de febrero.

(3) C. Cassio se encontraba en Formiano con Cicerón.

(4) Allí estaban depositados, en unión con el dinero reservado para el caso de guerra contra los Galos, los despojos cogidos al enemigo durante las tres guerras púnicas y las de P. Emilio en Macedonia, de Lúculo y de Pompeyo en Asia: también se encontraba allí el producto del vigésimo pagado por las manumisiones y los legados. Léntulo marchó á Roma para ejecutar la orden de Pompeyo; pero oyendo decir que se aproximaba César, huyó repentinamente dejando abierto el tesoro.

que la Apulia está ocupada también, y Pompeyo embarcado ya. ¿Qué resolver? ;cuánta ansiedad! No vacilaría si no fuese por estas vergonzosas irresoluciones, ó si hubiera permanecido neutral hasta ahora. Sin embargo, nada haré que no sea digno. César me invita á que sea mediador; pero á la fecha de su carta no se había lanzado aún. Después me dicen Dolabela y Celio que está contento de mí. Mi apuro es grande. Ayúdame, si puedes, con tus consejos, y atiende en cuanto te sea posible á mis asuntos de ahí. En mi agitación, no puedo escribirte más. Espero cartas tuyas.

## CARTA XXII.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

No queda en Italia un pie de terreno del que no sea dueño De Pompeyo no sé nada. Pero si en este momento se encuentra en el mar, debe tener cerrados todos los pasos. Por aquella parte, increíble rapidez; por la nuestra... Pero me repugna acusar á aquel cuyos peligros forman mi desesperación y suplicio. Razón tienes para temer una matanza, á pesar de que nada sea menos á propósito para consolidar la victoria de César y asentar su dominación; pero conozco á los que le rodean y seguirá su impulso. Suceda lo que quiera. Creo que no es conveniente la permanencia en las ciudades. No tengo quien me aconseje. Haced ahí lo que os parezca mejor. Ponte de acuerdo con Filótimo: Terencia llegará ahí el día de los idus. Pero ¿qué haré yo? ¿dónde está? ¿dónde le encontraré? ¿en tierra ó en el mar? Si en tierra, ¿qué camino tomo? Si en el mar, ¿dónde me embarco? ¿Me entregaré al fin á este hombre? puedo hacerlo con seguridad. ¿Y con honor? de ningún modo. ¿Qué deci-

dir? ¿te pediré consejo como de costumbre? Imposible resolver esta dificultad. Sin embargo, si se te ocurriese algo, dímelo, y que sepa yo lo que harás tú.

## CARTA XXIII.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

El v de los idus de febrero por la tarde recibí una carta de Filótimo, en la que me dice que el ejército de Domicio se encuentra animado de excelente espíritu; que las cohortes que Léntulo y Thermo han traído del Piceno se han reunido con Domicio; que César puede ser rodeado (1), que él mismo lo teme; que en Roma alzan la frente los hombres honrados, y los malvados están abatidos. Mucho temo que todo esto sea un sueño. Sin embargo, la carta de Filótimo ha devuelto la vida á M. Lépido, á L. Torcuato y al tribuno del pueblo C. Cassio, que se encuentran aquí conmigo, es decir, en Formiano. Por desgracia, doy más crédito á lo que me dicen por otro lado, esto es, que todos nosotros estamos rodeados y que Pompeyo trata de salir de Italia. Añaden otra cosa (¡y es muy acerba para mí!): que César le persigue. ¡César persigue á Pompeyo! ¡Cómo! ¿para matarle? ¡Desgraciado de mí! ¡Y no acudimos todos á formarle muralla con nuestros cuerpos! Seguro estoy de que gimes como yo. Pero ¿qué hacer, encontrándonos vencidos, rodeados, atados? Sin embargo, la carta de Filótimo me ha hecho cambiar de parecer en cuanto á nuestras mujeres. Quería enviarlas á Roma, y ya te había escrito; pero reflexiono que este viaje daría lugar á conversaciones, que se diría he juzgado ya los acontecimientos,

---

(1) Había dado ocasión al rumor de que César podía quedar rodeado una carta de Domicio á Pompeyo que preveía este caso.

que desespero de la causa, y que enviando primeramente á las mujeres, preparo de esta manera mi regreso. Por lo demás, opino como tú que no debo huir á la aventura, sin provecho para la República ni para Pompeyo. Daría mi vida por él, no diré con piadosa resignación, sino con alegría. Así, pues, permaneceré aquí: y sin embargo, permanecer, es vivir.

Si me preguntas qué se hace aquí, te diré que Capua está sombría y que han cesado los alistamientos. Como se desespera, todos se dispersan: ¡si al menos ocurriese algo favorable, por ejemplo, la unión de las fuerzas de Pompeyo y de Domicio! Pasados dos ó tres días sabremos probablemente algo. Te he enviado copia de la carta de César. Por todas partes me escriben que está contento de mí: lo celebro, pero no haré nada deshonoroso.

#### CARTA XXIV.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

La carta de Filótimo, que tan poca impresión me causó, produjo alegría aquí; pero á la mañana siguiente recibió Cassio una de su amigo Lucrecio, escrita en Capua. Nigidio había llegado á esta ciudad por orden de Domicio, y había dicho que, huyendo del Piceno, Vibulio, (1) con corto número de soldados, corría en busca de Pompeyo; que César le estrechaba de cerca, que Domicio apenas tenía tres mil hombres. Lucrecio añade que los cónsules han abandonado á Capua. No dudo que Pompeyo se encuentre en fuga. ¡Ojalá pueda escapar! Sigo tu consejo y no pienso huir.

---

(1) Pompeyo lo había mandado al Piceno para tranquilizar los ánimos.

## CARTA XXV.

CICERÓN Á ÁTICO. SALUD.

Cuando te comunicaba las tristes noticias, y, á lo que creo, demasiado verídicas, que Lucrecio había transmitido de Capua á Cassio, Cefalión (1) me ha traído una carta tuya, mucho menos sombría, pero en la que, como de costumbre, no afirmas nada. En todo creería antes que en el ejército de pompeyo, del que hablas como si existiese. La noticia que recibimos nada dice de él, y las cosas permanecen en el mismo estado. ¡Desgracia singular! triunfa constantemente en causas malas, y cae en la mejor de todas. ¿Qué diremos á esto? que tenía el talento necesario en el primer caso, lo cual bastante común, pero que no tenía el de gobierno. Muy pronto sabremos ya á qué, atenernos y te escribiré en seguida.

## CARTA XXVI.

CICERÓN Á ÁTICO. SALUD.

No puedo decir yo, como tú, cuántas veces me levanto, porque esta es la primera que me levanto un poco. Las noticias que recibo de Roma, acerca de Domicio y de las cohortes del Piceno, me infunden alguna esperanza. Hace dos días que la situación se despeja. Solamente se hablaba de huir, y ahora no se piensa ya en ello: y la

---

(1) Esclavo de Atico y su *tabellario* ó correo.

amenaza de César, «si mañana te encuentro ahí,» ha venido á ser ridícula. Se dicen cosas excelentes de Domicio y admirables de Afranio.

Me exhortas á que permanezca todo lo neutral que pueda: consejo es ese de amigo, y te lo agradezco. Añades que debo procurar cuidadosamente no dar muestras de inclinarme á la mala causa. En efecto, con facilidad puedo parecer sospechoso de esto. Mientras se ha tratado de la paz, se ha visto que no quería tomar parte en la dirección de la guerra civil. Y no porque la guerra fuese injusta, pero he visto otras más legítimas aún en las que me he encontrado muy mal. Aquel á quien nuestro amigo Cneo propuso el segundo consulado y el triunfo, y ¡con qué palabras! «en consideración, decía, á sus maravil'osas hazañas» ese hombre no podía ser enemigo mío. Sé bien á quién debo temer, y por qué. Pero si hay guerra, como es probable, mi deber es claro y no faltaré á él.

Terencia te ha contestado acerca de los veinte mil sextercios. Mientras no supe dónde fijarme no molesté á Dionisio. Muchas veces me has ofrecido tus servicios, sin que te haya contestado, porque de día en día esperaba resolver lo que debía hacerse. Ahora es seguro, por lo que veo que nuestros hijos pasarán el invierno en Formiano. Pero ¿y yo? lo ignoro. Si estalla la guerra, estaré al lado de Pompeyo. Procuraré enterarte de todo. Presiento que vamos á tener una guerra desastrosa, á menos de un desenlace como el que sabes tuvo la de los Parthos.

---